

ALBERTO DOW- Presente.
Una vida que se prolonga a sí misma
Aproximaciones A La Cosmovisión Dowiniana

Por Javier Tafur González

I

El Hombre, el Médico, el Escritor, el Artista.

Una vez más el nombre de Alberto Dow me convoca. Un día toque a la puerta de su casa, le dije que estaba escribiendo la Biografía de Jovita Feijóo, y necesitaba su consejo.

Me invito a pasar, y luego a subir a su querida biblioteca.

Me dio el consejo que esperaba, comprensivo, respetuoso y exigente.

Me invito a continuar escribiendo, a perseverar, a unir el proyecto literario con el proyecto existencial, en cuanto me fuera posible.

Luego me regaló “Bola de Sebo”, de Guy de Maupassant. Me dijo: “Es uno de los mejores cuentos de la literatura Universal”.

Me abrió la puerta de su casa, ese día; luego la de su amistad.

Frecuentemente conversábamos en su casa, en mi oficina, y yo disfrutaba de su serenidad, de su sabiduría; de su sencillez.

Tenía un aire melancólico, sentimental, incluso diría algo triste.

Era la manera de expresar su paz ante la arremetida de la violencia.

Buscaba el silencio para escuchar la música; silencio, para describir el bullicio; para contemplar el arte.

Hablaba en piano, hablaba en papel, hablaba en leves miradas.

¡Las notas musicales! ¡las letras! – y buscando a Dios en el sencillo transcurrir de los días.

Ese hombre alto, afectuoso, sentimental, hogareño, estudió medicina; y la entendió como humanismo; como servicio.

Escribía como los árboles producen frutos; muchos son sus libros; porque su savia fue generosa.

Recuerdo que decía:

“El arte embellece y alegra la vida. Por eso hay que abrir las puertas de este mundo maravilloso; desde la infancia, así vamos haciendo bellos recuerdos”.

Momentos muy gratos disfrutó escuchando el Cuarteto No. 14 de Beethoven, y las tres últimas sinfonías de Mozart; la obra contrapuntística de Bach.

Alberto recalca la necesidad de entender, comprender al otro, de ponerse en su lugar;

de actuar como si uno pudiese contribuir a la felicidad de todos; para evitar, disminuir o atenuar el dolor de los demás.

En el arte encontró el sentido auténtico de la vida; en la medicina el medio idóneo para servir.

Nos recuerda Vivian –su hija- que era frecuente oírlo decir:

“Ya es suficiente que el paciente esté enfermo para que además tenga que pagar”.

Le bastaba ver resurgir

una sonrisa

donde antes araba el rictus del dolor;

le bastaba ver borrarse las nubes

del espíritu adolorido,
empañando una mirada,
para que alguien sencillo y del montón
descubriera las maravillas elementales.

En él, el médico, el músico, el artista, el novelista, el dramaturgo, no son distintos del ser que se expresa; y es precisamente por su calidad que estas facetas florecen.

El mismo nos ayuda a encontrar la clave para entenderlo:
“El que vive de acuerdo con la Naturaleza, vive según Dios”.

Ajustado a esta vieja recomendación de los mayores, vivió Alberto buscando Armonía.

Aurelio Arturo, en 1948, al prolongar su Libro “Doce Cuentos”, anotaba como él no se proponía impresionar con la frase brillante y vacua:

“lo atraen más bien los problemas psicológicos; su ambición, si lo hemos atendido bien, es la de hacer en sus breves obras en prosa, algo así como un espejo inteligente que refleje algunas de las mil caras del hombre contemporáneo, y de su alma multiforme y contradictoria, de su patología, de sus sueños desmesurados”.

Esto decía Arturo cuando llegaba Alberto con sus primeras creaciones literarias, como se pronosticaba llegó a ser de nuestros mejores literatos.

II

La Nave Almirante

Veamos ahora, medio siglo después, algunas impresiones que nos deja la lectura de la colección de cuentos reunidos bajo el título La Nave Almirante:

Honduras existenciales de la vida del artista, en "Pantomima". Cargado de sugerencias y soledades.

Escritura depurada, ágil, limpia, de gran capacidad descriptiva, al tiempo que revela al sicólogo; su experiencia decantada de la vida.

El pensamiento se sustenta en una edición bonita, afortunada, agradable; de letra limpia.

El libro tiene su hermosa portada; la textura, invita a acariciarlo; las fuentes, a leerlo.

El libro tiene su gramaje, su peso, pero la ley de la gravedad no nos los quita de las manos; el interés nos lo deja a gusto.

Unión del soporte físico y el pensamiento; el libro como obra de arte.

Las pasiones humanas están presentes.

Es que Alberto Dow era un conocedor del alma humana; y, en particular de la del artista. Allí en "El Mordisco".

En sus cuentos se representan nuestros celos profesionales, envidias, vanidades, egoísmos, mezquindades, temores, inseguridades, equivocaciones.

El título de cada cuento, la edición lo trae en versalitas -en mayúsculas.

Su diseño no le disputa nada a la caja de impresión.

Dialoga el título con el cuerpo del texto, en "Marionetas".

El efecto de un aplauso, en el marionetista; en el muñeco mismo...

Esa extraña incidencia que tiene el público; su efecto en los hilos...
"el público quien con sus aplausos, o sus silencios, levanta a unos y disminuye a otros".

Nos indica, con inteligentes sugerencias, esas otras materias aparentemente inasibles que nos conforman, que nos recuerdan nuestra pertenencia al gran teatro, incluso a la tramoya.

Recuerda, por casi etéreas alusiones, aquella relación indefinible que tenemos con las personas, los animales y las cosas; por ejemplo la necesidad inaplazable de acercarnos al alfeizar de una ventana, de ver un pedazo de cielo, para sentir el todo...

No todos los misterios son metafísicos.

Hay mucho de misterio

en una mirada,

en un saludo, en un abrazo;

misterios

que permanecen ocultos,

indecifrables,

o que se revelan en un detalle;

que esperan

años y vidas para revelarse.

Debemos hacer este curso de la **Cosmovisión Dowiniana** para intentar comprender la enfermedad de un muñeco del teatrino...

“Cada quien es como es”.

La frase tiene 17 letras, pero ¡qué largo alcance!

La pone así, en el cuento; y le queda a uno resonando.

Aparece en “La Escala Descendente”.

Allí se ve

a un hombre leyendo

el periódico

frente a una taza de tinto,

en el Café.

En casi todos los cuentos aparece el hombre, el cigarrillo y el tinto.
Son como instantes de reflexión.

Ese hombre cavila, sabe que se arruga

por dentro...

Conoce el tedio, el fracaso.

Desciende;

incluso con su esperanza

“Cada mañana, al despertarme,
sentía una oleada de buen ánimo” ...

Pero aun así

la mala suerte se empecina...

“Cuencas Vacías” - la ansiedad del juzgador, la peligrosa
dependencia de las conjeturas; la fé que camina segura, obsecada,
en el filo de la navaja.

Inventarnos un destino,

forzarlo

¡que dramatismo!; todo por un número

que nos fue creciendo por dentro,

produciendo fiebre, delirio;

borrando los límites, los contornos,

los principios, y ¡tas!,

la resaca, el guayabo moral,

la pena, el daño ajeno, el propio.

- ¿Cómo estamos? ¿Qué nos sucede?

- La sensación de la carne,
nacida para el dolor;
la impronta bíblica;
el Pecado Original.

Ese otro que somos,
que se nos crece por dentro
y nos dobla las miradas.

-“Déjame ver ese libro tan bonito; esa portada está muy bien diseñada. Mirá el papel; la letra es perfecta; ni tan grande ni tan pequeña”.

-“Lee, continúa, sigue el cuento” -me dice Jacqueline...

Y es que “La Gente Demasiado Expresiva”, es un relato que tiene su suspenso.

La descripción de Gamaliel es fotográfica; pero no solo es la descripción física, el valor del gesto (en las tensiones interiores). Dow es un narrador, pero lo precede un semiólogo. Recurre al signo.

El lector ve y siente al personaje a su lado; sube y hace, en ese bus, el mismo recorrido. Siente que paga el pasaje... El autor nos lleva al escenario; interactuamos con ellos.

También Alberto está ahí.

Estos libros son la resurrección, del hombre; aunque podría decirse que ha permanecido encarnado en la palabra, almado en el verbo, vital en la tinta; que vive en la entraña de los caracteres del alfabeto, vivo en la cultura que nos conforma.

Alberto se prolonga en sus hijos y en su nieta y nosotros nos reencontramos en él.

El es un referente cultural de nuestro ambiente, como las Tres Cruces, el Obelisco, Ricardo Nieto, Antonio Llanos, el Río Cali...

Lo vemos salir, con su bolsillo lleno de monedas para alegrar la vida de los más necesitados, como un San Francisco ofreciendo trigo a la avecillas.

Lo vemos ensayando violín con su camiseta acostumbrada; lo vemos, sí, con Joli su querido snauser, por cuya causa libró épicas batallas contra la discriminación canina.

Extendía su entendimiento de la vida a los animales, a las plantas, incluso a la naturaleza de las cosas.

Para entender este momento me en que nos encontramos hoy, celebrando la publicación de estos dos libros póstumos,

imagino a sus hijos buscando

con sagrado respeto,

las amadas escrituras de su padre,

separando los textos,

el tejido de palabras

que hizo

con la pluma de sus días.

Sin este amoroso demorarse
entre sus papeles
no puede entenderse
las bellas ediciones
que hoy nos entrega
El Fondo Editorial Universidad
Eafit.

¡Qué emoción más bella y profunda!
Sí, me imagino a Sergio, a Vivian
estando ahí,
descubriendo la intención de un pensamiento;
en la búsqueda de una palabra
que dé equilibrio espiritual
a una emoción;
y por allá..., una poesía,
el inicio de un cuento,
el final premeditado de un capítulo.

Recortes de periódico
que sitúan al escritor
en el espíritu de la época.

Les debemos
estos libros, a estos dos hermanos
- custodios amorosos
del legado del padre.

Un leitmotiv, en "Sonata Inconclusa", nos revela a observador íntimo, solitario; las fijaciones obsesivas, la lucha por traer a la conciencia una impresión "...por instantes levantaba la mirada y alcanzaba a vislumbrar esas manos delgadas"...

"Manos, sonata, aplausos entreverados. Era seguro. Quizá una relación antigua, agazapada en los meandros de la memoria".

Y luego una araña en su gabinete...

El lector hará sus interpretaciones.

Las manos negras,

reptantes...

Todo nos remite a todo;

vivimos en un universo simbólico.

En lo aparentemente inocuo,

intrascendente, está la llamada,

la clave de la felicidad,

la advertencia,

la desdicha, el reclamo.

La actuación de un pianista

puede depender

de otras manos en el palco.

En "Macropolis" asistimos a conjeturar el futuro, los probables cambios que redacta la ciencia ficción, para ordenar la hora y el lugar de asomarse a la ventana de un edificio de 150 pisos.

Alguien se afectaba

de no poder observar

diariamente,

desde su ventana

las nubes y un pedazo del alto azul

recibir un poco de sol...

- aunque le bastaba "tomar el elevador ultrarápido, subir a la gran terraza que corona su unidad residencial, y contemplar desde allí, el espacio infinito".

Tenía derecho a dos lapsos de una hora en la semana, tiempo suficiente para satisfacer las necesidades contacto-naturales de cualquier persona, según se desprendía de los concienzudos experimentos del sabio investigador Bogislao Mendel 3.

A veces nos desconcertamos de las proyecciones que hacemos a partir de la ciencia. Sus logros nos convierte en fantaseadores al estilo de Julio Verne, o de H. Wells.

Alberto sigue este camino, pero siente nostalgia de poeta, de tener que subir a la terraza de una torre para tener vista...; él, que sabe de la quietud de un aljibe; él, que traía en su mirada la memoria de oasis y de cielos abiertos.

En "La Tormenta" nos volvemos a los episodios rurales; a la memoria de la ofensa, a las acumuladas horas de rabia y de rencor; a la venganza.

Este cuento es clásico; tiene todos los ingredientes que atrapan al lector:

las descripciones, el suspenso y, en especial, esa sensación atemporal que permite descubrir el ser humano como fundamento de todo relato.

Este cuento podríamos leerlo en la Biblia, o en las Mil y una Noches, o en Rulfo, o en Borges; podría ser de Rivera, de Quiroga, etc.

Algo le sucede a alguien (es la estructura esencial de todo relato),

pero en la pluma de Alberto Dow asistimos a la composición de cuentos de excelente factura, pasatiempos de valor universal de una mano maestra.

En "El Recital Extraordinario", de nuevo Alberto entra en los dominios psicológicos. Se diría que nunca sale de ellos.

La narración de un recital en la que se entrecruzan la experiencia, la fatiga, el sueño.

La tensión de acertar en la crónica, afectada por una vigilia que se rinde al cansancio y a la edad, y produce una conjugación grata, al alma, pero ajena a la realidad; confundida, inventada, soñada. ¿A qué sustancia o combinación pertenece su artículo?

Dolorosa conjugación de un crítico musical que pondera lo soñado, precisamente de la realidad que lo lleva al sueño, y de cuyo traspaso no tiene memoria.

En "El Yunque y el Martillo" asistimos a la repercusión que tiene un despido del trabajo en los planes de un modesto contador;

todo el peso de esa circunstancia hundiéndose en el resentimiento contra aquel que lo despidió, conviviendo largos años con ese lastre, hasta imaginar, desear, el mal. Sentir gozo de su muerte.

Alberto en la casi totalidad de sus obras, como dramaturgo, ponía al ser humano en el escenario cumpliendo su papel;

Personalmente tengo preferencia por "La Nave Almirante" y por "Marionetas".

De Marionetas ya dijimos algo; de la Nave Almirante, la descripción del Galeón es tan llamativa como la ambientación de los sentimientos que rodean a la muerte;

su persistencia y tenacidad,

la inexorable pérdida del combate

La existencia apegada

a los huesos y a los sueños...

La metáfora

- el símbolo acostumbrado-,

la temida sensación

de la disolución de la sombra.

La mano tensa

se hace laxa

y se afloja, rendida.

III

Digamos algunas cuantas palabras...

DE ANGELES Y BUITRES

Es una novela estructurada en un doble plano narrativo, como lo acota el editor:

“por un lado las voces de los testigos y actores de los acontecimientos, por el otro la voz de Matoño recuperando los años de su infancia y primera adolescencia”.

La novela cuenta la trágica historia de un pueblo convertido en la víctima inerte de la barbarie política de los años cincuenta; del “Corte de Franela” ...

Se diría, también, que fuera la crónica de un pueblo de Colombia, hoy; en ese transcurrir, entre el miedo y los ataúdes, en el que los

personajes cumplen su destino; sin embargo, y en medio del humo y de las lágrimas, de la desnutrición del alma, de la depresión, de la muerte haciéndose, encontramos este pasaje extractado del angustiante paraíso de un niño...

“A ninguno le costaba tanto trabajo aprender como a Pedrito, el hijo de los Antía. ¡A ése sí no le entraba nada en la cabeza! La señorita lo obligaba a repetir mil veces lo mismo, los ángeles rebeldes cayeron del cielo por soberbios, y él, los ángeles rebeldes cayeron... los ángeles rebeldes... de ahí no salía, y ella se iba poniendo furiosa, le gritaba que era un retrasado, que si no atendía más se iba a quedar hecho un burro le crecerían las orejas y cuando fuera grande no serviría ni para limpiabotas. Los otros se reían de él, movían las manos abiertas al lado de la cabeza, alguien rebuznaba, gritaba él mentándonos las madre, y a los pocos meses no volvió a la escuela.

El segundo año, a fines de marzo, una mañana sentí en la clase que alguien me miraba, y era Carmencita, la de los Rincón, que estaba sentada en la otra punta de la banca. Se sonrió, yo también, y de ahí en adelante quería ponerle atención a la maestra pero sentía que me seguían mirando, yo no sabía por qué, así varias veces, y en el recreo se me acercó y me ofreció bizcochos, le dije que sí quería y me sentí contento. Ella era más grande, muy avispada, siempre estábamos juntos en los recreos, y cuando estaba aburrido en las clases la miraba y volaba el aburrimiento. También en la casa, a veces me daba por pensar en ella, y de los dulces que me hacían para llevar le guardaba los mejores.

Ahora si era bueno ir a la escuela, no como antes, y una vez Carmencita me preguntó si quería ser su novio, yo, que para qué , y ella, que para ser todavía más amigos y poder casarnos cuando fuéramos grandes y vivir juntos como mi papá y mi mamá; que sí, pero con la condición de que no se lo fuera a contar a nadie. Así el año iba pasando rapidito, faltaba como un mes para los exámenes y una mañana, en el recreo, me llamó Carmencita para que fuéramos al fondo del solar, y nos escondimos detrás del palo grueso de mango. Yo creía que me iba a regalar un bizcocho bien bueno, ella me miró un rato, que si me dejaba dar un beso, como los novios de verdad, y yo que si eso no era pecado, que no, ¿cómo se me ocurría?, y me dio uno en la cara, eso era muy

sabroso, sentía ganas como de orinar, y ahora me tocaba a mí, tenía mucho susto pero se lo di. Así un buen rato, no nos dábamos cuenta de que los otros se habían ido, y de pronto vimos a la señorita Cecilia, nos miraba furiosa, nos separó con fuerza, que cómo se nos ocurría eso, era mucha maldad y a Dios no le gustaba; que si queríamos irnos al infierno, y nosotros sin hablar. No podía creer que, tan chiquitos, fuéramos capaces de hacer semejantes cosas, regañó más a Carmencita, porque era la mayor y seguramente la culpable. Carmencita estaba colorada y entonces me di cuenta de que sí era pecado. Yo también sentía las orejas calientes, quería irme rápido para la casa y encerrarme en un cuarto.

Me puse muy serio con Carmencita porque me había hecho pecar, no la volví a mirar en las clases y en los recreos estaba lejos de ella. Una tarde, en las vacaciones, fue la señorita Cecilia a visitar a mi mamá, se me puso que iba a contarle lo del palo de mango y me escurrí al solar hasta que se despidió. Mi mamá no me regañó, ni habló de eso, pero antes de empezar las clases el año siguiente, opinó que yo estaba muy grandecito para seguir estudiando con las niñas y lo mejor sería que entrase al Liceo.

Me dio tristeza no volver a la escuela de la señorita Lozano, por lo buenas que habían sido conmigo y porque de pronto se me daba por acordarme de Carmencita”.

IV

SANGRE DOW EN EL TORRENTE SOCIAL

La obra póstuma
-continuidad de una vida
que se prolonga a sí misma

Debemos agradecer que Alberto haya vivido; que se haya cultivado para él, para nosotros; para ser sangre y vida social.

Siempre buscó dar lo mejor, como en la Parábola de los Talentos; sin afán de fama; devolviendo lo que la vida le había dado y él supo crecer, para beneficio de todos.

Dijo Borges, que "... un escritor recibe todas las vicisitudes humanas, siente todas las pasiones, pero sabe que su deber es, en lo posible, transmutar, todo en belleza.

Además las miserias, los fracasos, las humillaciones, todo esto es como una arcilla que le es dada para la literatura..."

Fue lo que observó Aurelio Arturo, en Dow; esa actitud creativa, poética.

No persiguió la nombradía,
talvez por lo que el Eclesiastés señala
que tiene de vano;
tampoco pudo evitarla,
como el árbol no puede
negar sus frutos.

Si hay un momento para sembrar
y otro para recoger,
su abundante cosecha
trajo a la biblioteca del Hombre,
estos libros fruto de su trabajo.

Para el,
al Fondo Editorial Universidad-Eafit,

todo nuestro reconocimiento;
a su querida familia, a Maruja,
a Sergio, a Vivian, a Labinia, a Lina Sofía,
nuestras felicitaciones, y gracias
por habernos de nuevo
convidado a la Obra del Padre.

Alguna vez le pregunté,
si creía en Dios, y me dijo que sí;
“que nada pudo hacerse solo;
que su concepción era “casi un panteísmo”;
le pregunté por un color,
y me respondió que “el gris”;
por un animal, y eligió “el perro”;
un árbol, “la ceiba”;
destacó los progresos científicos,
pues se sentía beneficiado de ellos cuando lo operaron del
Corazón.
Admiraba a Flemming, el inglés que descubrió la penicilina.

Consideraba la amistad, un regalo; y se preciaba de haber sido amigo de Aurelio Arturo, de Carlos Villar Borda, de Rosalía Cruz Buenaventura, de Hernando Tejada, de María Teresa Negreiros.

Entre sus poetas predilectos mencionaba a Meira del Mar, a Carlos Castro Saavedra, a Pablo Neruda.

A los jóvenes artistas les aconsejaba:

“trabajar, investigar, crear”.

Este era Alberto Dow,

un hombre que supo

que riqueza era disfrutar

las cosas sencillas;

que hizo de su religión

la armonía con la Naturaleza,

alguien que siempre tuvo

fé de carbonero, en el futuro.

Bien, así hemos tenido este reencuentro con el amigo, para ser testigos de la belleza de su obra, de su trascendencia y la irrefutable dicha de saber que permanece entre nosotros.

JAVIER TAFUR GONZALEZ
Festival De Arte
Cali, Sept 19/2001